

EL MONJE Y LA HIJA DEL VERDUGO

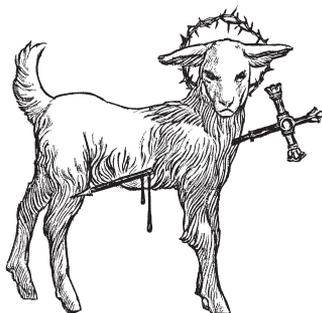
AMBROSE BIERCE

Ilustraciones
SANTIAGO CARUSO





AMBROSE BIERCE



EL MONJE
Y LA HIJA DEL VERDUGO



Ilustraciones
SANTIAGO CARUSO

Traducción
PATRICIA WILLSON



PREFACIO

Hace muchos años —probablemente en 1890—, el doctor Gustav Adolf Danziger me trajo a San Francisco lo que me aseguró era su propia traducción de un relato alemán del brillante escritor Herr Richard Voss, de Heidelberg. Como el doctor Danziger tenía en aquella época un conocimiento bastante imperfecto de la lengua inglesa, me pidió que reescribiera su versión de la obra de Herr Voss para que pudiera ser publicada en este país. Al leerla, quedé impactado por lo que eran, a mi entender, grandes posibilidades de amplificación, y acepté hacer el trabajo si, tanto el autor como el traductor, me daban carta blanca. Con respecto a esta propuesta un poco apresurada, que supuse llevaría el asunto a un punto muerto, me tranquilizó saber que el autor, amigo personal del traductor, había aceptado. El resultado fue este libro, publicado por F. J. Schulte & Company de Chicago. Casi al mismo tiempo, los editores quebraron, y fue así como, hasta donde sé, el libro nunca ha sido distribuido en el mercado.

Por no haber visto nunca el relato original y por carecer de toda destreza en lengua alemana, soy incapaz de decir qué libertades pudo haberse tomado el doctor Danziger respecto del texto del autor; a mí me aseguró que no se había tomado ninguna; sin embargo, en libros recientes, se lo presenta como «el autor de *El monje y la hija del verdugo*», afirmación que parece justificar, cuando no imponer, este breve informe sobre un asunto que, si bien no es de particular importancia, ha dado origen a varios debates en los que no siempre me ha interesado participar.

Por un artificio meramente literario, el autor del cuento alemán declaró haberlo derivado de otro escrito; así pues, en la versión de Schulte apareció la siguiente nota:

«La base de esta narración es un antiguo manuscrito que perteneció originalmente al monasterio franciscano de Berchtesgaden, Baviera. El manuscrito fue entregado por un campesino a Herr Richard Voss, de Heidelberg, de cuya versión alemana la presente es una adaptación.»

Siempre sentí que éste era un reconocimiento insuficiente al trabajo de Herr Voss, por quien profeso la admiración más profunda. En mis motivos para esta republicación, y en la satisfacción que me procura, una parte importante es la oportunidad de hacerle justicia a alguien a cuya espléndida imaginación hay que darle el crédito principal del cuento. De mi ligera opinión del crédito debido a cualquier otra persona da testimonio la mención del nombre del doctor Danziger en la portada. En esta versión, la obra que de sus manos pasó a las mías ha sido intensamente modificada y expandida.

AMBROSE BIERCE

Washington, D. C.

29 de noviembre de 1906







EL MONJE

Y LA HIJA DEL VERDUGO

I

El primer día de mayo del año del Señor de 1680, los monjes franciscanos Ægidius, Romanus y Ambrosius fueron enviados por su superior desde la ciudad cristiana de Passau hasta el monasterio de Berchtesgaden, cerca de Salzburgo. Yo, Ambrosius, era el más fuerte y el más joven de los tres, pues tenía apenas veintiún años.

Sabíamos que el monasterio de Berchtesgaden se hallaba en una comarca salvaje y montañosa, cubierta de bosques lúgubres, infestados de osos y de espíritus malignos, y nuestros corazones estaban llenos de tristeza al pensar qué sería de nosotros en un lugar tan espantoso. Pero dado que es un deber cristiano obedecer los mandatos de la Iglesia, no nos quejamos, y hasta nos alegramos de servir la voluntad de nuestro amado y reverenciado superior.

Luego de haber recibido la bendición y de haber orado por última vez en la iglesia de nuestro Santo, nos levantamos las capuchas, nos calzamos con sandalias nuevas y partimos, acompañados por los buenos deseos de todos. Aunque el camino era largo y peligroso, no perdimos la esperanza, pues la esperanza no sólo es el comienzo y el fin de la religión, sino también la fuerza de la juventud y el sostén de la edad. Así, nuestros corazones olvidaron

prontamente la tristeza de la partida, y se regocijaron con las nuevas y variadas escenas que nos dio nuestro primer conocimiento real de la belleza de la tierra, tal como Dios la ha creado. El color y el brillo del aire eran como el manto de la santísima Virgen; el sol brillaba como el Corazón de Oro del Salvador, desde el cual manaban luz y vida para toda la humanidad; el palio azul que pendía por encima formaba una vasta y hermosa casa de plegarias, donde cada brizna de hierba, cada flor y cada criatura viviente alababan la gloria de Dios.

A medida que pasábamos por las numerosas chozas, aldeas y ciudades que se encontraban en nuestro camino, las miles de personas atareadas en todas las ocupaciones de la vida presentaban ante nosotros, pobres monjes, un espectáculo nuevo y extraño, que nos llenaba de sorpresa y de admiración. Cuando a lo largo de nuestro viaje aparecían tantas iglesias, y la piedad y el fervor del pueblo se manifestaban mediante las aclamaciones con las que nos saludaban y el entusiasmo con que subvenían a nuestras necesidades, nuestros corazones se llenaban de gratitud y de felicidad. Todas las instituciones de la Iglesia eran prósperas y ricas, lo que mostraba que habían encontrado el favor a los ojos del buen Dios al que servíamos. Los jardines y los huertos de los monasterios y los conventos estaban bien mantenidos, como prueba del cuidado y de la industria de los campesinos piadosos y de los venerables monjes de los claustros. Era glorioso oír el tañido de las campanas que anunciaban las horas del día: realmente respirábamos la música en el aire, los dulces tonos eran como las notas de los ángeles que cantaban alabanzas al Señor.

A donde fuéramos saludábamos al pueblo en nombre de nuestro Santo patrono. En todas partes se manifestaban la alegría y la humildad: las mujeres y los niños se acercaban presurosos a la vera del camino, para besarnos las manos y pedirnos la bendición.



Se hubiera dicho que no éramos pobres servidores de Dios y del hombre, sino señores y amos de esta bella tierra. Sin embargo, no debemos ser orgullosos de espíritu, sino permanecer humildes, y observar atentamente nuestros corazones, para no desviarnos de las reglas de nuestra santa Orden y no pecar contra nuestro bendito Santo.

Yo, hermano Ambrosius, confieso con penitencia y vergüenza que mi alma se recuperó de pensamientos pecaminosos y excesivamente terrenales. Me parecía que las mujeres buscaban más afanosamente besar mis manos que las de mis compañeros, lo que seguramente no era cierto, dado que no soy más santo que ellos; además, soy más joven y tengo menos experiencia en el temor y los mandamientos del Señor. Cuando observaba este error de las mujeres, y veía cómo las doncellas no apartaban de mí sus ojos, me asustaba, y me preguntaba si podría resistir en caso de que la tentación me acosara; y a menudo pensaba, con temor, que las reverencias y las plegarias y las penitencias no bastan para hacernos santos, que uno debe ser tan puro de corazón que la tentación le sea desconocida. ¡Ay de mí!

Por la noche siempre nos alojábamos en algún monasterio, donde recibíamos invariablemente una placentera bienvenida. Nos agasajaban con abundante comida y bebida, y cuando nos sentábamos a la mesa, los monjes nos rodeaban y nos preguntaban por las novedades del gran mundo que teníamos el privilegio de ver y conocer. Cuando comunicábamos nuestro destino se apiadaban de nosotros, porque estábamos condenados a vivir en la soledad de las montañas. Nos hablaron de campos helados, de montañas coronadas de nieve y tremendas rocas, de rumorosos torrentes, de cavernas y de lúgubres bosques, y también de un lago tan misterioso y terrible como no había otro igual en todo el mundo. ¡Que Dios nos acompañe!

En el quinto día de nuestro viaje, cuando estábamos a una corta distancia de la ciudad de Salzburgo, vimos algo extraño y ominoso. En el horizonte, directamente frente a nosotros, se hallaba un poderoso cúmulo de nubes, con muchos puntos grises y zonas de tintes más oscuros, y por encima, entre ellas y el cielo azul, un segundo firmamento de un blanco perfecto. Este espectáculo nos dejó perplejos y alarmados. Las nubes carecían de movimiento; las miramos por horas y no pudimos ver ningún cambio. Más tarde, cuando el sol estaba ocultándose en el poniente, resplandecieron de luz. Brillaron y centellearon de una manera maravillosa, ¡y por momentos parecían estar en llamas!

Nadie puede imaginar nuestra sorpresa cuando descubrimos que habíamos tomado por nubes lo que era simplemente tierra y rocas. Ésas, entonces, eran las montañas de las que tanto habíamos oído hablar, y el firmamento blanco no era otra cosa que la cumbre nevada de la cordillera que, según los luteranos, su fe puede mover. Lo dudo mucho.



II



uando nos encontrábamos en la entrada del paso que conducía a las montañas nos ganó el desánimo; parecía la boca del infierno. Detrás de nosotros se hallaba la bella comarca que habíamos atravesado y que ahora estábamos obligados a abandonar para siempre; ante nosotros se elevaban las severas montañas, con sus gargantas inhóspitas y sus bosques embrujados, amenazantes para la vista y llenas de peligros para el cuerpo y el alma. Mientras fortalecíamos nuestros corazones con plegarias y susurrábamos anatemas contra los espíritus malignos, entramos por el estrecho paso en nombre de Dios, y seguimos adelante, preparados para hacer frente a lo que pudiera acontecer.

A medida que avanzábamos con precaución por nuestro camino, árboles gigantescos obstaculizaban nuestro avance, y un denso follaje tapaba casi por completo la luz del día, de modo que la oscuridad era profunda y fría. Cuando nos atrevíamos a hablar, el sonido de nuestros pasos y de nuestras voces nos era devuelto desde las grandes rocas que bordeaban el paso con tal claridad y con tantas repeticiones, tan diferentes por añadidura, que casi no podíamos creer que no estuviéramos acompañados por ejércitos de seres invisibles que nos imitaban y se burlaban de nuestros temores. Grandes pájaros de presa, que habían levantado vuelo desde sus nidos en las cimas de los árboles y en las paredes de los acantilados, se encaramaban a los altos pináculos de roca y nos observaban con malignidad a nuestro paso; los buitres y los cuervos graznaban sobre nosotros con notas roncadas y salvajes, y nos hacían helar la sangre. Ni siquiera nuestras plegarias y nuestros himnos

podían darnos paz; solamente atraían a otras aves, y sus ecos multiplicaban los espantosos sonidos que nos rodeaban. Nos sorprendió observar árboles inmensos que habían sido arrancados de cuajo de la tierra y que habían sido arrojados por las pendientes; temblábamos al pensar qué manos poderosas lo habían hecho. A veces pasábamos por el borde de profundos precipicios, y los oscuros abismos que se abrían abajo eran una visión terrible. Se levantó una tormenta, y casi nos cegaron los relámpagos del cielo y nos aturdió un trueno mil veces más potente que el más potente que habíamos oído en nuestras vidas. Nuestros temores se incrementaron a tal punto que, a cada minuto, esperábamos ver a algún demonio salido del infierno saltando desde una roca sobre nosotros, o a un oso feroz surgiendo del sotobosque para impedirnos el paso. Pero solamente se nos cruzaron ciervos y zorros, y al aquietarse nuestros temores pudimos percibir que nuestro venerable Santo no era menos poderoso en las montañas que en las planicies.

Lentamente llegamos a la ribera de un río cuyas plateadas aguas presentaban una imagen refrescante. Entre las rocas, en sus cristalinas profundidades, pudimos ver una hermosa trucha dorada, tan grande como la carpa de la laguna de nuestro monasterio en Passau. Aun en aquellos salvajes lugares, el cielo había provisto con abundancia para aplacar el ayuno de los creyentes.

Bajo los negros pinos y cerca de las grandes rocas cubiertas de líquenes florecían extrañas flores de un azul oscuro y de un amarillo dorado. El hermano Ægidius, que era tan erudito como piadoso, las conocía por su herbario, y nos dijo sus nombres. Nos deleitó la observación de escarabajos y mariposas que habían surgido de sus escondrijos luego de la lluvia. Juntamos manojos de flores y cazamos insectos de bellas alas, olvidando, en la exuberancia de nuestra dicha, los osos, los espíritus malignos, nuestros temores y nuestras plegarias.

Llevábamos horas sin ver moradas ni seres humanos. Cuanto más penetrábamos en la región montañosa, más se incrementaban las dificultades que experimentamos en el bosque y en el barranco, y se repetían todos los horrores de la tierra salvaje que ya habíamos atravesado, pero ya sin un efecto tan intenso sobre nuestras almas, pues percibimos que el buen Dios nos protegía para que siguiéramos sirviendo a su santa voluntad. En el camino se extendía un brazo de nuestro amistoso río, y al aproximarnos, nos complació ver que lo cruzaba un tosco pero sólido puente. Cuando estábamos a punto de atravesarlo posé mis ojos en la otra orilla, donde vi algo que hizo que la sangre se me helara de terror. En la ribera opuesta del río había un prado cubierto de hermosas flores y, en el centro, había una horca de la que pendía el cuerpo de un hombre. La cara estaba vuelta hacia nosotros y pude distinguir los rasgos, que, aunque ya negros y deformes, mostraban los signos inconfundibles de que la muerte había acontecido aquel mismo día.

Estaba a punto de dirigir la atención de mis compañeros hacia ese espantoso espectáculo cuando ocurrió un extraño incidente: apareció en el prado una joven de largos cabellos dorados, coronados por una guirnalda de flores. Lucía un brillante vestido rojo, que parecía iluminar toda la escena como una llamarada de fuego. Nada en sus acciones indicaba temor por el cadáver en la horca; al contrario, se deslizaba en la hierba con los pies descalzos, cantando en voz alta pero dulce, y agitando sus brazos para alejar a las aves de rapiña que se habían reunido, profiriendo roncosp graznidos, con un gran batir de alas y chasquidos de sus picos. Cuando la joven se aproximó levantaron vuelo, excepto un gran buitre, que siguió encaramado en la horca y que parecía desafiarla y amenazarla. Ella corrió hacia la desagradable criatura, saltando, bailando y gritando hasta que ésta desplegó las alas y se alejó

volando pesadamente. Luego la joven dejó de bailar, se ubicó a los pies de la horca y, tranquila y meditabunda, levantó la mirada hacia el cuerpo oscilante del desdichado.

El canto de la doncella había atraído la atención de mis compañeros, y los tres nos quedamos mirando a la encantadora niña y su extraño entorno, mudos de estupor.

Mientras observábamos la sorprendente escena, sentí un temblor helado que recorría mi cuerpo. Se dice que éste es un signo inequívoco de que alguien ha pisado el lugar que será nuestra tumba. Extrañamente, sentí ese escalofrío en el momento en que la doncella llegó al pie de la horca. Pero esto sólo demuestra que las verdaderas creencias de los hombres están mezcladas con tontas supersticiones, pues ¿cómo un sincero seguidor de san Francisco podría ser enterrado bajo una horca?

—Apresurémonos —dije a mis compañeros—, y recemos por el alma del muerto.

Pronto encontramos un sendero hacia el lugar y, sin levantar la vista, dijimos nuestras plegarias con gran fervor; especialmente yo, pues mi corazón estaba lleno de compasión por el pobre pecador que pendía del cuello. Recordé las palabras de Dios: «Mía es la venganza», y recordé que el amado Salvador había perdonado al ladrón que se hallaba a su lado en la cruz; ¿quién sabe si no había piedad y perdón para ese pobre diablo que había muerto en la horca?

Cuando nos acercábamos, la doncella se retiró a una corta distancia, perpleja ante nosotros y nuestras plegarias. De pronto, sin embargo, en el medio de nuestros rezos, oí su dulce y cantarina voz exclamando: «¡El buitre! ¡El buitre!», y su voz mostraba agitación, como si fuera presa de un gran temor. Miré hacia arriba y vi que una gran ave gris descendía en picada desde los pinos. No mostraba temor hacia nosotros, nuestras sagradas invocaciones ni

nuestros piadosos ritos. Mis hermanos, sin embargo, estaban indignados por la interrupción causada por la voz de la niña, y la reprendieron. Pero yo dije:

—La muchacha es probablemente un familiar del hombre muerto. Piensen en ello, hermanos míos; esta terrible bestia viene a desgarrar la carne de su cara y a alimentarse con sus manos y su cuerpo. Es natural que ella grite.

Uno de los hermanos dijo:

—Acércate a ella, Ambrosius, y ordénale que guarde silencio, ya que debemos orar por la paz del alma de este pecador.

Caminé entre las fragantes flores hacia donde se encontraba la muchacha, cuyos ojos aún miraban fijamente al buitre, que giraba en círculos cada vez más estrechos sobre la horca. Contra una mata de flores plateadas de un arbusto, la exquisita figura de la doncella se veía realzada, según me permití observar maliciosamente. Perfectamente erguida y quieta, ella observaba mi avance, aunque noté una mirada aterrada en sus grandes ojos oscuros, como si temiera que le causara algún daño. Aun cuando estuve muy cerca de ella no hizo movimientos para acercarse, como suelen hacer las mujeres y los niños para besar mis manos.

—¿Quién eres? —le pregunté—, ¿y qué haces sola en este espantoso lugar?

Ella no respondió, ni hizo señas ni se movió; de modo que repetí mi pregunta:

—Dime, niña, ¿qué haces aquí?

—Espanto a los buitres —replicó, con una voz suave y musical, inefablemente agradable.

—¿Eres familiar del hombre muerto? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—¿Lo conocías —continué—, y te lamentas por su muerte no cristiana?





1850



